

## **Así vivimos el terremoto de México del 19 de septiembre de 2017**

Cuando el suelo se puso a temblar nos encontrábamos visitando el Laboratorio de la restauradora Marlene Sámano en el edificio de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía de México, en la Ciudad de México. Esta profesora estaba explicando a varios profesores visitantes la labor que se llevaba a cabo en su Laboratorio, en relación a la conservación de los materiales de construcción tradicionales y sus investigaciones sobre la savia de diferentes plantas, que mezclada con otros materiales protegía los colores y las superficies de muros y paredes. De pronto se quedó callada, interrumpiendo su explicación, con la mirada fija en el infinito. Lo pensó una fracción de segundo:

- Es un sismo, dijo tranquilamente.

Efectivamente, el suelo estaba temblando, se movía suavemente como si fuera una ola marina. La sensación era similar a la inestabilidad que se siente cuando estás en una barca. Elevando la voz prosiguió:

- ¡Vamos a salir todos sin correr en dirección al aparcamiento! ¡Dejen todo aquí! ¡Ya volveremos a recogerlo! ¡Salgan en fila detrás de mí!

Rápidamente se dio la vuelta y con tranquilidad se dirigió a la puerta. Todos la seguimos en orden. Atravesamos pasillos y vestíbulos. En los pisos superiores se oyó el ruido de la caída de objetos y la rotura de cristales. En el momento en que salíamos fuera del edificio empezó a sonar una alarma.

Éramos un grupo pequeño de profesores mexicanos y españoles los que asistíamos a la presentación de Marlene: Luis Fernando Guerrero Baca, de la UAM-Xochimilco, Luis Carlos Bustos de la ENCRYM, Felix Jové y yo de la Universidad de Valladolid. Estaba además en la sala la ayudante del Laboratorio Cristina, que se había mantenido apartada de las explicaciones, enfrascada en su trabajo.

Salimos apresuradamente del edificio y pasamos por debajo de una pesada marquesina de hormigón, que se mantenía en el aire sujeta en sus extremos por pilares de acero.

- Si la marquesina se nos cae ahora encima, pensé, nos tienen que recoger con cucharilla.

En el aparcamiento ya había gente aglomerada y numerosos grupos estaban llegando en ese mismo momento. Había una mujer en el suelo, con un ataque nervioso, que estaba siendo atendida por sus compañeros. Un hombre estaba dando instrucciones a toque de silbato y un megáfono.

- ¡Prrrrriiiiiiii! ¡Colóquense en grupos! ¡Profesores a un lado! ¡Personal de servicios a otro! ¡Quiero una lista de cada grupo!
- ¡Prrrrriiiiiiii! ¡Aléjense de los árboles! ¡Pueden caer ramas!
- ¡Prrrrriiiiiiii! ¡No pueden volver al edificio! ¡Nadie va a entrar en el edificio hasta que pase una hora!
- ¡Prrrrriiiiiiii! ¡Hay una brigada analizando el edificio y hasta que no salgan no podemos entrar! ¡Olvídense de sus pertenencias! ¡Ya las recogeremos!

Marlene, que hasta ese momento había dado signos de extraordinaria sangre fría, se derrumbó. Se había puesto lívida. Parecía a punto de llorar, pero se contuvo.

- ¡Mis hijos!

Eché mano al móvil e intentó llamar al colegio de sus hijos sin resultado. De pronto todos nos preguntamos por lo que estaría pasando en el exterior.

- Las líneas telefónicas están saturadas, dijo uno.
- No hay wifi, dijo Marlene.
- Sí, es que no hay electricidad, contestó otro.
- Olvidaros del whatsapp, dijo Luis Fernando, hay que enviar SMS.
- No, tampoco funciona, señaló uno que traía una lista y apuntaba los nombres de todos los presentes, toda la Ciudad de México está intentando comunicarse por el móvil en este momento. Y acto seguido preguntó:

- ¿Ustedes son los profesores visitantes? ¿Había alguno más? Apúntense aquí.

Miré a mi alrededor. El aparcamiento de la ENCRYM estaba lleno de gente distribuida en varios grupos. Todos estábamos atendiendo al móvil intentando conectar con familiares, amigos, para saber como estaban, para dar noticia de nosotros.

El edificio de la ENCRYM no había sufrido daños. Es un edificio sólido, de estructura de acero y paredes de ladrillo. Como más tarde pudimos comprobar, solo algunas grietas en las paredes de ladrillo fueron los daños que produjo el terremoto en ese edificio, a lo que habría que añadir el desplazamiento de muebles dentro de las oficinas y la rotura de los vidrios de algunas vitrinas.

Unas horas más tarde, ya más serenos, empezamos a tener noticias de los efectos del terremoto en la Ciudad de México. Cuando salimos a la calle, la ciudad era un caos. Sin metro (cuyo servicio se restablecería esa misma tarde), sin electricidad (se fueron conectando los barrios una vez se comprobó que no había riesgo de incendio), los coches atascados en las avenidas, los semáforos apagados, las aceras llenas de gente caminando, las paradas de los autobuses atestadas de gente esperando.

La impresión que saqué de esas primeras horas después del terremoto fue la de una sociedad bien organizada, disciplinada y eficaz, abrumada por una amenaza colosal, a la que hacían frente estoicamente y con valor. Personas llenas de coraje y disciplinadas, dispuestas a luchar colectivamente por su supervivencia.

José Luis Sáinz Guerra



Uno de los grupos de trabajadores de la ENCRYM, concentrados en el aparcamiento, inmediatamente después del terremoto.